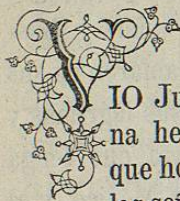




CAPITULO III.

PUNTO HISTORICO.



VIÓ Juan Diego en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se ve en su bendita imágen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, antes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto, cuyo ropaje, dijo que brillaba tanto, que hiriendo sus resplandores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales que allí nacen, pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le pare-

cieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinas, de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes, y hablando aquella Señora con semblante apacible y halagüeño y en idioma mexicano, le dijo: “Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado (que todo esto suena la locucion del lenguaje mexicano) ¿á donde vas? Respondió el indio: voy, noble dueña y Señora mia, á México y al barrio de Tlaltelolco á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios y súbditos suyos. Habiéndole oído María Santísima, le dijo así: sábete, hijo mio muy querido, que soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como Madre piadosa tuya y de tus semejantes mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que me invocaren, y me llamaren en sus trabajos y aficciones; y donde atenderé á sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio, y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mio que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oído, y ten por cierto, que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, que te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído hijo mio mi deseo; vete en paz y advierte

que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres; y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres. Postrándose el indio en tierra le respondió: ya voy nobilísima Señora y dueña mia, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.

REFLECCIONES.

Eligi et sanctificavi locum istum
ut sit nomen meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei
et cor meum ibi cunctis diebus. Paralip. cap. viii. v. 16.



Las consideraciones y reflexiones surgen de la lectura de ese pequeño punto de la historia de la aparicion de la Santísima Virgen en nuestro afortunado país. La Madre de la luz increada aparece llena de luz para dar á entender que viene á desterrar de México las tristes tinieblas de la idolatría que aun vagan lúgubres y formidables en casi toda la nacion.

Viene la Santísima Virgen á ser la columna de fuego que quiere guiar á los mexicanos por el desierto de la vida á la patria del cielo, como guiaba á Israel aquella columna misteriosa que durante la noche brillaba como un hermoso faro, así para templar la oscuridad, como para mar-

car é indicar á aquel pueblo el camino que guiaba á la tierra prometida.

Mas la Santísima Virgen no vino á México solo para desterrar la triste noche de la idolatria; sino para continuar iluminándonos siempre con la luz divina, que como hermosísima luna reflecta en favor nuestro. Viene á disipar nuestras dudas, nuestras perplejidades é incertidumbres, viene á librarnos de las ilusiones; y sobre todo del error.

Mas ¿por qué en presencia de ese faro lminoso bajado de los cielos se ven en nuestra patria vagar por donde quiera las lúgubres sombras de los errores mas groseros y perniciosos? Porque nosotros cerramos los ojos á esa luz. El que cierra los ojos está en tinieblas aunque el sol brille en el zenit del cielo.

Si queremos estar siempre en la posesion de la verdad, necesario es fijar los ojos en la brillante luz que nos trajo del cielo la Santísima Virgen. Invoquémosle cuando nos veamos invadidos del error y del mal. No quiera Dios que siéndonos tan fácil preservarnos de todo error, lleguemos á merecer que se nos quite la luz, como se ha quitado á grandes naciones, en las que en otro tiempo brilló la fé con tan vivos destellos, que la religion santa de Jesucristo produjo los mas ópimos frutos; pero que entiviéndose, ó volviéndose ingratas esas naciones, las dejó el Señor, por justo castigo, en las tinieblas del error.

Y ¿qué significan aquellos vivísimos colores que hacen que las peñas áridas, las secas plantas y el árido suelo parezcan diamantes, margaritas, topacios, rubies y todo

género de piedras preciosas? Un consolador pensamiento nos sugiere esa primorosa vista, esa prodigiosa transformacion. Si María con su presencia hace que una peña aparezca como un diamante resplandeciente, una planta seca se asemeje á la esmeralda y un suelo árido imite á la rica vestidura de un monarca, cubierta de piedras preciosas, ¿con cuánta mayor felicidad hará que una nacion por miserable que sea, por llena que esté de males; se convierta en una nacion brillante y feliz? ¿Con cuánta mayor facilidad hará que las almas que se le acercan por medio de una devocion ferviente; por áridas, por miserables que sean, se conviertan en un paraíso hermoso de virtudes? Sí, asi lo ha heeho.

Esas luces sencibles, esos encantos de la luz que acompañan á la Santísima Virgen, no son sino la sombra, el signo de la luz y primores de la gracia de que esta llena, y pronta á comunicarnos.

Salúdote ¡oh, llena de gracia! dijo á Maria el mensajero celestial encargado por el Todopoderoso para anunciarla el sublime misterio de la Encarnacion. “Palabras de un sentido tan profundo, dice el Abate Barthe, que ningun entendimiento humano podria comprender, ni boca alguna explicar. ¡Llena de gracia! ¿Quién pues podrá medir la abundancia, ni apreciar la riqueza de este tesoro? Si la mayor ó menor gracia es un efecto del mayor ó menor amor que el Señor tiene á una alma, ¿qué alma pudo jamas recibir tanta gracia como la de María, á quien Dios ama mas que á otra alguna? ¡Llena de gracia! Espresiones perfectas, dice Sofronio, se da á los demas por partes; á

Maria con plenitud. En efecto, solo Maria es llamada á la triple dignidad de Hija muy amada del Padre, de Madre muy querida del Hijo, y de Esposa muy amada del Espíritu Santo; á una elevacion tan incomparable correspondia una incomparable santidad; y para producir esta santidad sin ejemplo, se necesitaba una abundancia de gracia sin ejemplo tambien; es decir, la plenitud de la gracia. Asi es que al querer el ángel expresar esta maravillosa santidad que distingue á Maria entre todas las puras criaturas, no le llamó por su nombre, por mas que este nombre se halle enriquecido con significaciones admirables; sino que la saludó con el titulo de “llena eres de gracia,” como para designarla con la que mejor la caracterizaba delante del Altisimo.”

“No en valde, pues, los santos Doctores de la Iglesia prodigan en su honor las mas expresivas invocaciones: acordaos de nosotros, Virgen Santisima, exclama San Atanasio, y concédenos grandes dones del tesoro de vuestras gracias, por las débiles alabanzas que os ofrecemos. En vos, patrona y medianera al lado del Dios que de vos ha nacido, exclama tambien San Efrén, en vos cifra su alegría el linaje humano; en vos sola encuentra su refugio y seguridad el que plenamente confia en Dios; despues de la Trinidad, dice en otra oracion, vos sois dueña de todo; despues del Paráclito, vos sois otro Paráclito; despues del Mediador, otra Mediadora del mundo entero. Porque sois la única esperanza de los pecadores, exclama San Agustin, esperamos por vuestra mediacion el perdón de nuestros crímenes; por vos, ¡oh! bienaventurada,

aguardamos la recompensa celestial. Si, dicen San Crisólogo, San Damaceno y San Buenaventura, Maria es el oceano de las gracias.”

“¡Oh! Madre del Verbo hecho carne que se ha dignado habitar entre nosotros, lleno de gracia y de verdad, os saludamos como el ángel, diciendos, “llena de gracia.” Vuestro Hijo es la fuente inagotable é infinita de esta gracia; y fijando en vos la primera morada entre los hombres, os ha dado con esto derecho para decir: en mi reside toda gracia. Vuestras benditas manos son como un canal afortunado que comunica á toda la tierra este divino tesoro, “vivificando todo lo que es árido, y haciendo que el desierto mismo florezca como un nuevo Eden. Hasta aqui el Abate Barthe.

Asi han exclamado los santos Padres y demas devotos escritores marianos, contemplando desde este valle de lágrimas á la Reina del cielo. Y ¿cómo deberemos exclamar los felices mexicanos cuando la contemplamos en la cima de nuestro afortunado Tepeyac, llena de luces y de los primores de la luz, para significarnos que viene á derramar gracia sobre nosotros, por qué es llena y colmada de gracia? ¿A qué pueblo de la tierra ha hecho Maria, el singular favor y ternura que á México? ¡La “llena de gracia viene á ofrecernos la gracia! ¡y con la gracia inmensas riquezas de virtud, de santidad y de consuelos! Acerquémonos á Maria con una tierna devoción, porque asi como para participar del calor es necesario acercarse al fuego, y para participar de la luz es necesario entrar en una atmósfera luminosa, así para participar

de las gracias que el Señor nos quiere dispensar por mano de Maria, es necesario acercarse á Maria; y esto se consigue, ni puede ser de otra manera, por medio de una ferviente devocion, de un amor sincero y filial, acompañado de una dulce y segura confianza. San Alfonso Ligorio citando varios Padres de la Iglesia, asegura que ni la gracia ni ningun otro don nos concede el Señor, sino por mano de María.

Viniendo ahora á considerar las dulces palabras de la Santisima Virgen, con que habla al dichosísimo Juan Diego, recordamos que hace poco tiempo que oimos á un respetable orador, hacer de estas palabras una exacta aplicacion, observando que México en estos desgraciados tiempos parece que se separa y que olvida el milagro guadalupano, y que toma distinto camino que el que debia; pero que la bondadosísima Madre de los mexicanos reconviene á su nacion amorosamente y la dice: ¿adonde vas nacion mia, objeto de mis ternuras maternales?" En efecto, vemos que México alucinado con la mentida gloria de otras naciones y con los malos ejemplos que le ponen, y aspirando á una grandeza puramente material y á una falsa ilustracion, olvida aquel espíritu religioso que en otros felices tiempos la distinguian, y que por esto merece ser reconvienida por la Santisima Virgen, su Madre, con estas palabras: "¿adonde vas hijo mio? ¿adonde vas nacion querida que yo he escogido para mi? ¿qué buscas fuera de mi, que soy la depositaria de las gracias y la Señora del mundo? ¿adonde vas, retirándote de la verdadera religion civilizadora de las naciones y única que

puede traer sobre ella sólida y verdadera felicidad aun temporal, unida á la espiritual que es la que mas os interesa?"

Es cierto y evidente que esa desercion, que ese retirarse de Maria y de la verdadera religion, aun no puede llamarse nacional, rigurosamente hablando, pero si puede llamarse asi bajo algun respecto; y si la Santísima Virgen no dirige esa reconvencion verbalmente, acaso lo está haciendo de algun otro modo. Acaso desde el cielo da miradas de sentimiento hácia esta nacion, que ha colmado de beneficios, y á la que se ha dignado visitar personalmente. Acaso las calamidades que padecemos son los medios que el Señor, celoso de su honra y de la de su Santísima Madre, pone en práctica para recordarnos los beneficios recibidos y despertarnos del profundo letargo de la tibieza y de la ingratitud.

México que debia ser por mil títulos una nacion feliz, aparece á la faz del mundo como la mas desgraciada. Sesenta años ha que la agita una guerra fratricida que á mas de teñir con sangre mexicana los campos y las montañas, las aldeas, villas y ciudades, y sembrar el luto y la desolacion por todas partes, ha traído inmensos males de los mayores que puede sufrir una nacion para llamarse la mas desgraciada entre todas las naciones de la tierra.

Y si es verdad que son innumerables las almas devotas de la Santísima Virgen, en México, que permaneciendo firmes en la verdadera religion, procuran no olvidar lo mucho que deben á la proteccion de la inmaculada Madre del Señor; tambien es verdad, tristísima por cierto, que

muchas almas aunque no desertan de la fe, han desertado de la devocion á la Santísima Virgen, relegando al mas ingrato olvido á la mejor de las madres; y es cierto tambien, como consta por la mas triste evidencia, que no faltan mexicanos ingratos hasta lo sumo, que se atrevan á negar el milagro guadalupano, á reirse de él y á tenerlo por una ilusion propia de gente idiota y fanática. ¡Miserables! no solo faltan con su incredulidad á la piedad mas sólida, sino aun á la misma razon. Cuando la existencia de un hecho se prueba con las razones históricas, tradicionales y monumentales que exige la crítica; es una locura negar ese hecho, y es dar una prueba de una completa ignorancia. Esas cabezas trastornadas no piensan, y se atreven á negar el milagro de la Aparicion de la Santísima Virgen, solo porque es milagro, ó porque quieren aparecer despreocupados é ilustrados. ¡Fatal despreocupacion! ilustracion impía! locura manifiesta!

Mas no solo hay, desgraciadamente, mexicanos que nieguen el prodigio del Tepeyac; sino que tambien hay algunos que se declaran enemigos del culto de la Madre de Dios, abriendo oidos á las impías doctrinas del protestantismo que niega con un falso celo de la gloria de Dios, que deba ser honrada aquella criatura á quien tanto ha colmado de honores su soberano Autor.

“Acudámos, dice el P. D'. Argentan, á nuestra buena Madre, despreciando las invectivas solapadamente heréticas de los astutos censores de nuestra devocion; gloríanse esos hipócritas del nombre de cristianos, confiesan á Jesucristo con la boca, fingen reconocerlo y adorarlo como

á su Dios, y no se horrorizan de hacer guerra descubierta á su Santísima Madre, á aquella Madre admirable que El mismo quiso colmar de extraordinarios honores. Y ¿se figuran agradarle con semejante proceder? ¿quién duda que se dará por muy ofendido de ellos? Diráles en su enojo: indignos del nombre de cristianos: esa Señora que menospreciáis es mi propia Madre: la he ensalzado hasta sugetarme á ella en calidad de Hijo suyo; la he enriquecido de tantas y tan soberanas perfecciones, que (en cuanto es posible á una criatura) se acercan á las perfecciones infinitas de mi divino Padre.”

“¡Ay de vosotros en el dia del juicio! ¡Ay de vosotros si ahora no correis á llorar vuestros pecados bajo el manto de esa Madre de misericordia! ¡Ay de vosotros si Ella no desarma el brazo de mi justicia! ¡Ay de vosotros en la muerte! ¡Ay de vosotros en la eternidad, si ahora rehusais tenerla por abogada! ¿Habeis olvidado las últimas palabras que pronuncié cuando por vuestro amor estaba moribundo en el doloroso leño de la cruz? ¿No os la dejé por Madre? ¿Así cumplís la postrimera voluntad del que murió por vuestro amor? ¿Ese es el pago de mi pasion y de mi muerte? Encomendé á vuestro cuidado y á vuestra filial ternura la persona á quien mas amaba sobre la tierra, y me fué preciso morir para que entraceis en lugar mio á ser sus hijos! ¿Y me sois ingratos? ¿Y os oponeis á su gloria? ¿Y le haceis cruda guerra? ¿Y no temeis tomar mi nombre en vuestros labios impuros para mejor disfrazar vuestra aleve perfidia?”